

Charles Dickens

*Oliver Twist*

---

*Canción de  
Navidad*

longseller  
ESENCIALES



# Índice

Prólogo.....	9
<b>Oliver Twist</b> .....	17
Capítulo 1: Oliver Twist .....	19
Capítulo 2: En la funeraria .....	26
Capítulo 3: Fagin y compañía .....	31
Capítulo 4: En la casa del señor Brownlow.....	38
Capítulo 5: De nuevo entre ladrones .....	44
Capítulo 6: El robo .....	51
Capítulo 7: Un extraño personaje .....	57
Capítulo 8: En la casa de la señora Maylie .....	62
Capítulo 9: La enfermedad de Rose .....	69
Capítulo 10: El matrimonio Bumble .....	75
Capítulo 11: El coraje de Nancy .....	82
Capítulo 12: Un espía a las órdenes de Fagin.....	88
Capítulo 13: Terribles consecuencias .....	95
Capítulo 14: La confesión de Edward Leeford.....	103

<b>Canción de Navidad</b> .....	107
Primera estrofa: El espectro de Marley .....	109
Segunda estrofa: El primero de los tres Espíritus.....	136
Tercera estrofa: El segundo de los tres Espíritus.....	160
Cuarta estrofa: El último de los tres Espíritus.....	191
Quinta estrofa: Conclusión .....	213

## Prólogo

En febrero de 1837, Charles Dickens se enfrenta al gran desafío de publicar la primera entrega de *Oliver Twist* junto a la famosa revista mensual de la época, *Bentley's Magazine*. Hasta ese momento no había escrito más que sus *Bocetos*, firmados con el seudónimo "Boz" para la misma revista, y apenas si había comenzado a trabajar en *Los documentos póstumos del club Pickwick*.

La crítica no fue generosa. *Oliver Twist* abordaba la cruda realidad de la época, y los críticos del momento consideraron que aquello no era lo que la gente quería leer. Sin embargo, la publicación fue todo un éxito en ventas.

La historia cuenta las desgracias de un pequeño huérfano que debe sortear toda clase de peligros al mezclarse con lo peor de la sociedad: hospicios en donde reina el maltrato, ricos indiferentes y ladrones de poca monta que hasta utilizan niños para llevar adelante sus planes.

El contexto de este relato: la Inglaterra de mediados del siglo XIX, plena era victoriana, que se caracterizó por intensas transformaciones sociales entre las que se puede destacar

el aumento de las diferencias entre la clase media y los pobres. Mientras la primera gozaba de un auge gracias a las *bondades* de la Revolución Industrial, los desposeídos se sumergieron aún más en la marginación y el desamparo, ya que quedaron completamente excluidos del desarrollo y los avances de aquella etapa.

El hecho de que Dickens retratara con tanto realismo los personajes y las miserias cotidianas de una ciudad que él tan bien conocía hizo que más de una vez lo acusaran de ser un “simple fabricante de llantos” y de abusar de tal recurso para conmover y ganar lectores. Así fue que con la tercera entrega de *Oliver Twist*, decidió escribir un extenso –y audaz– prólogo para responder a quienes lo criticaban:

He advertido poderosas razones para continuar escribiendo de la misma forma. [...] he leído innumerables libros sobre ladrones: individuos seductores, particularmente amables, de impecables vestiduras [...] y hombres de excelente compañía. Pero jamás encontré (además de los cuadros de Hogarth) la miserable realidad en cuerpo y alma. Me pareció que sacar a escena a los asociados al crimen tal como eran; pintarlos en toda su deformidad, con toda su maldad, con todas sus miserias, era algo necesario y que constituiría un servicio a la sociedad [...].

Como podrán ver, aquí no hay cabalgatas a la luz de la luna a través de hermosos campos [...], ni indumentaria vistosa, ni bordados, ni encajes, ni botas hasta la

rodilla, ni el ardimiento ni la libertad con que se ha vestido siempre el *camino real*; sino frías calles londinenses, húmedas y hostiles; guaridas abominables en las que se amontona el vicio, antros de hambre y enfermedad [...], inmundicias reales sin atractivo alguno que la gente fina y delicada no soporta contemplar. Y no porque huyan del crimen, sino porque para ser de su agrado, los criminales deben estar, como sus manjares, deliciosamente aderezados. Así, un Sr. Massarinni vestido de terciopelo verde resulta encantador, pero un Sikes en percal resulta inaceptable; una Sra. Massarinni, dama de alto copete, con falda y traje de fantasía es digna de retratarse en cuadros e inspirar canciones; pero una criatura humilde como Nancy, envuelta en un chal barato, no es digna de tenerse en cuenta.

Resulta maravilloso cómo la Virtud se aparta de las botas remendadas mientras que el Vicio, bien adornado, cambia de nombre como las damas al casarse, y se convierte en Romanticismo [...].

Con aquella dura respuesta, Dickens fundamentó su inspiración y su trabajo, que mantuvo la misma dirección a través de los años para repudiar, a su manera, la realidad de su época.

En 1843 se publica *Canción de Navidad*, que sería el primero de una serie de famosos cuentos del autor que aluden a esa festividad. Esta vez, el centro de la historia lo ocupa un personaje avaro, codicioso y cruel como pocos,

que mediante viajes espectrales a través del tiempo (presente, pasado y futuro) reflexiona sobre sus propias miserias y su pobreza espiritual. En el transcurso del relato, Dickens insiste en mostrarnos personajes desgraciados, pero que en este caso sirven de enseñanza para el protagonista.

*Canción de Navidad* tuvo mejores repercusiones que sus anteriores trabajos, especialmente fuera de Inglaterra y, sobre todo, en los Estados Unidos, donde a partir de 1840 comenzó a adquirir cierto prestigio.

Desde entonces, diversos autores expresaron su repudio a la desigualdad y retrataron, cada uno con su estilo, personajes controvertidos y miserables. Sin embargo, pocos han conseguido alcanzar la humanidad y el realismo de las obras de Dickens, rasgo tan bien definido quizá por padecer él mismo en su infancia las adversidades de la pobreza.

Incluso después de su muerte, las críticas al modo de expresar su disconformidad con las injusticias sociales resurgieron: Stevenson lo acusó de revolcarse desnudo en el drama; Huxley, de ver distorsionada la realidad; Forster, de crear personajes planos; y Orwell hasta le dedicó un ensayo en su *Ensayos Críticos*, en el que sostiene que Dickens no fue un “escritor proletario”, como lo habían denominado Chesterton y Jackson, sencillamente porque no escribía sobre el proletariado y entre sus personajes abundaban los mendigos y los ladrones, pero ningún trabajador agrícola, verdadera clase obrera de la Inglaterra victoriana. Asimismo, criticaba su forma de *revelarse* contra el siste-



ma sin proponer posibles soluciones a los problemas que tanto denunciaba. Aun así, Orwell rescata que “en su propia época y en la nuestra ha sido y es popular, sobre todo, porque fue capaz de expresar en forma cómica, simplificada, y por lo tanto memorable, la decencia natural del hombre común”.

Por último, y ya más cerca de nuestro tiempo, Jorge Luis Borges destacó: “Byron, Scott y Wordsworth descubrieron la belleza del mar y las montañas; Dickens descubrió la emoción de los barrios humildes y, más importante aún, la magia de la niñez”.

Resulta llamativa tanta disparidad de críticas, cuando claramente el crudo realismo de la obra de Dickens ha logrado traspasar las barreras del tiempo, con sus cambios, evolución y, por qué no, con su recurrencia en los errores, para convertirlo en un clásico universal.

Por desgracia, las maravillosas cualidades de Dickens como escritor no son el único motivo de su vigencia: ¿no son acaso, con menores diferencias, las injusticias de hoy en día las mismas que denunciaba este autor hace casi doscientos años?

## La vida del *imaginador*

Nació el 7 de febrero de 1812 en Portsmouth, Inglaterra, durante un período conflictivo para toda Europa. Comenzó sus estudios a los nueve años de edad, pero debió

abandonarlos cuando su padre, John Dickens, fue encarcelado a causa de sus deudas.

Charles debió mudarse a un hogar refugio y consiguió trabajo en una fábrica de tintas, etapa que años más tarde reflejaría en su novela *David Copperfield*. En 1824, gracias a una herencia, su padre fue liberado y el joven Charles logró retomar los estudios. Aunque gran parte de su aprendizaje fue autodidacta, obtuvo asombrosas calificaciones en la Wellington House Academy y comenzó a interesarse por la escritura.

Leía incansablemente a Henry Fielding y Tobias Smollet, influencia evidente en varios de sus escritos.

En 1827 comenzó a trabajar como periodista y en poco tiempo se destacó por su descriptiva forma de narrar; habilidad que comenzó a explotar definitivamente algunos años más tarde al escribir para el *Monthly Magazine* una serie de breves descripciones de la vida cotidiana de Londres. Gracias a la excelente repercusión de esas historias, el reconocido editor Bentley le encargó una sucesión de artículos que firmaría con el seudónimo "Boz". Estas narraciones fueron ilustradas por un famoso artista de la época: George Cruikshank, con quien volvería a trabajar más tarde en *Oliver Twist* (ilustraciones que acompañan la presente edición).

En 1836 se consolida con la publicación de *Los papeles póstumos del club Pickwick*, una original novela por entregas que gracias a su formato y rentabilidad influyó notablemente en la industria editorial de su país.

Además de escribir, nunca dejó de dictar seminarios en diversos países y se destacó por ofrecer sus obras en lecturas abiertas al público.

Entre las más importantes se pueden citar: *La tienda de antigüedades* (1841), *Barnaby Rudge* (1841), *Martin Chuzzlewit* (1844), *Dombey e hijo* (1848), *Casa desolada* (1853), *Tiempos difíciles* (1854), *La pequeña Dorritt* (1857), *Historia de dos ciudades* (1859), *Grandes esperanzas* (1861), *Nuestro amigo común* (1865) y *El misterio de Edwin Drood*, obra que dejó incompleta al morir en junio de 1870 a causa de una afección cardíaca.



# *Oliver Twist*



# Capítulo 1

## *Oliver Twist*

Una fría noche de invierno, en una pequeña ciudad de Inglaterra, unos transeúntes hallaron a una joven y bella mujer tirada en la calle. Estaba evidentemente muy enferma y a punto de dar a luz. No tenía identificación ni dinero, así que la llevaron al hospicio, una institución dirigida por la junta parroquial de la ciudad, que daba refugio a los necesitados.

El bebé nació al día siguiente y poco después la joven murió sin que nadie supiera quién era ni de dónde venía. Al niño lo llamaron Oliver Twist.

Oliver pasó sus diez primeros meses de su vida en aquel hospicio y luego la junta parroquial lo envió a otro centro situado fuera de la ciudad, en el que vivían veinte o treinta huérfanos más. Esos pobres niños eran sometidos a la crueldad de la señora Mann, una avara mujer que se quedaba con todo el dinero que la parroquia destinaba a cada niño. De modo que las indefensas criaturas pasaban mucha hambre, y la mayoría enfermaba de privación y frío.

El día de su noveno cumpleaños, Oliver estaba encerrado en la carbonera con otros dos compañeros. Los tres

habían sido castigados por cometer el imperdonable pecado de decir que tenían hambre.

Inesperadamente llegó al centro el señor Bumble, celador de la parroquia, lo cual sobresaltó a la señora Mann, ya que el hombre tenía por costumbre anunciar sus visitas con antelación, y de esa forma la señora Mann aprovechaba para limpiar la casa y asear a los niños para ocultar las malas condiciones en las que vivían los pobres muchachos.

—¡Dios mío! ¿Es usted, señor Bumble? —exclamó horrorizada la señora Mann.

Y dirigiéndose en voz baja a la criada, ordenó:

—¡Susan!, trae a esos tres mocosos de la carbonera y lávalos inmediatamente.

—Vengo por Oliver Twist —dijo el celador—. Hoy cumple nueve años, ya es mayor para permanecer aquí.

—Ya mismo lo traigo —dijo la señora Mann saliendo de la habitación.

Oliver llegó ante el señor Bumble limpio y peinado; nadie hubiera dicho que era el mismo muchacho que poco antes estaba cubierto de suciedad. Al rato, el celador y el niño se iban juntos de aquel miserable lugar.

Oliver miró una vez más vez hacia atrás, y a pesar de que allí nunca había recibido un gesto cariñoso ni una palabra bondadosa, una gran congoja se apoderó de él.

«¿Volveré a ver a los únicos amigos que he tenido?», se preguntó. Y por primera vez en su vida, el niño sintió la profunda soledad.



Ni bien llegaron al nuevo hospicio, Oliver fue llevado ante la junta parroquial y el señor Limbkins, que era el director, se dirigió a él:

—¿Cómo te llamas, muchacho?

Oliver, asustado, no contestó; y de repente, un fuerte pellizco lo hizo echarse a llorar. Había sido el celador que se encontraba detrás de él.

—Este chico es tonto —dijo un señor de chaleco blanco.

—¡Shhh! —chistó el primero. Y volviéndose a Oliver, dijo:

—Hasta hoy, la parroquia te ha mantenido, ¿verdad? Pues bien, ya es hora de que hagas algo útil. Estás aquí para aprender un oficio. ¿Entendido?

—Sí, señor —respondió Oliver entre sollozos.

En el nuevo hospicio, el hambre seguía atormentando a Oliver y a sus compañeros: solo les daban un plato de sopa al día, excepto los días de fiesta en que recibían, además de la sopa, un trocito de pan.

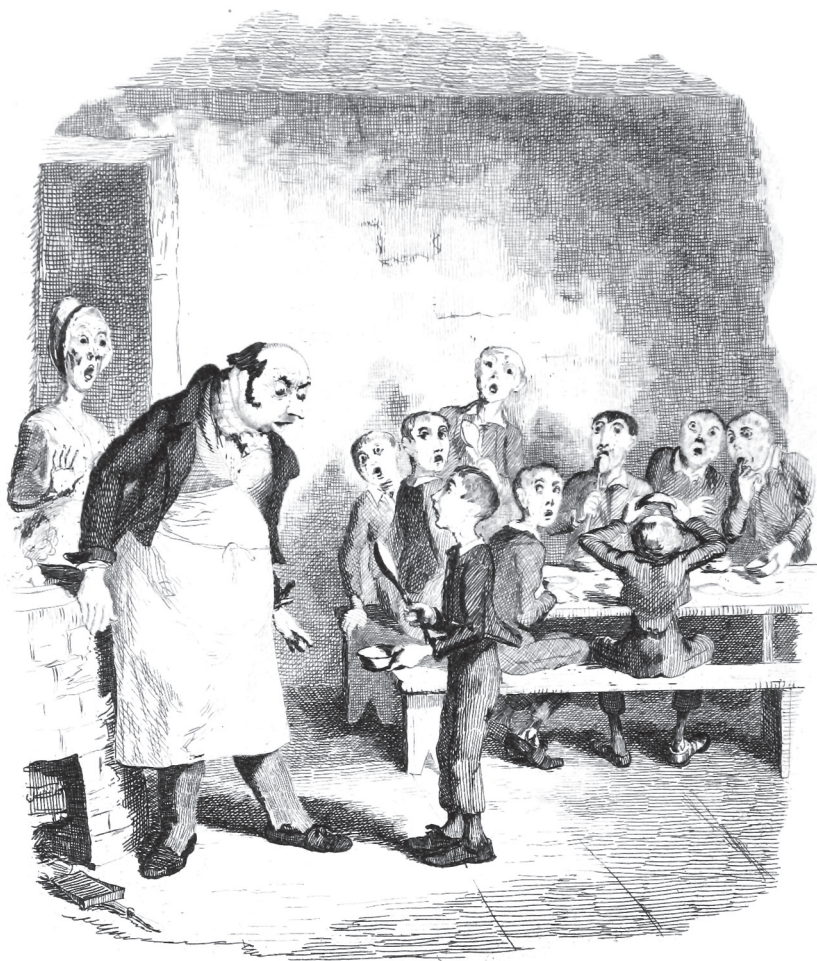
Luego de tres meses de recibir la misma ración, algunos de los niños decidieron cometer la osadía de pedir más comida y, tras echarlo a suerte, le tocó a Oliver hacerlo. Esa noche, después de cenar, Oliver se levantó de la mesa, se acercó al director y le dijo:

—Por favor, señor, quisiera un poco más.

—¿iQué dijiste!? —preguntó irritado el señor Limbkins.

—Por favor, señor, quisiera un poco más —repitió el muchacho.

Sólo por eso Oliver fue encerrado durante una semana; pasó días y noches llorando en un cuarto frío y oscuro.



Las páginas 19 a la 224  
no están disponibles